

Tabasco

Magnolia García de la Cruz

En nuestro continuo peregrinar, llegamos a vivir a la “Ranchería La Arena” en el estado de Tabasco, lugar de campos llenos de cacao, café, maíz, caña, frijol y aquella inmensa y rica variedad de frutas: naranjas, plátanos, quijinicuilt, marañón, grosella, jujo, pitahaya y guanábana. Estas frutas, que fueron mi delicia, me hicieron pensar que había llegado al paraíso, porque además, para completar el cuadro, abundaban víboras de todos tamaños y colores. También había lagunas, ríos, pantanos y hermosas playas. Como dijo alguna vez Carlos Pellicer: “Tabasco, visto desde arriba, es como un espejo roto en mil pedazos”.

En esta acuarela de colores, olores y sabores, viví una parte de mi niñez. Conocí sus costumbres y su lenguaje tan especial, ya que palabras como jaguacte, pozol, madreao, chuzo, hiche, eran desconocidas para mí. Su gente tan afable nos hizo sentir en casa.

En aquella choza hecha de jaguacte y guano, por cuyas hendiduras se filtraban los rayos del sol y el aire fresco de la mañana, acompañado por aquella diversidad de sonidos de los animales del campo que anunciaban un nuevo día, mi hermana Yolanda y yo nos levantábamos al primer canto del gallo, y comenzábamos nuestras labores: traer leña, encender el fogón, poner el café, el nixtamal para las tortillas y el pozol; luego tomábamos un puntal con un pedazo de tortilla y salíamos a cortar el cacao. Mi madre se levantaba un poco más tarde; ella se quedaba en casa con mi hermano Artemio.

Yoli cortaba con el luco el cacao que estaba arriba y yo con un pequeño machete lo que alcanzaba; ella haciendo lo más pesado, yo lo más fácil. De regreso, Yolanda cargaba un costal

tan pesado que apenas si podía con él y yo otro que siempre arrastraba. Durábamos varios días en el corte del cacao: después de quebrarlo se dejaba fermentar; cuando ya estaba listo lo lavábamos; esta actividad era muy cansada: terminábamos con los brazos entumidos de tanto sacar agua del pozo. Después lo tendíamos a secar al sol en unas mantas de ixtle.

Aprovechábamos estos días para el corte del café; Yoli me bajaba las ramas llenas de café maduro y cuando las acababa de cortar debía de brincar lo más lejos que pudiera, ya que las hojas del cafeto estaban llenas de “coloradillas”, las cuales se pegaban en todo el cuerpo y daban una gran comezón que sólo se quitaba cuando se morían. No sabía qué era peor: si las coloradillas o los mosquitos que se pegaban en los brazos cuando sostenía la rama del café; debía aguantar el escozor y en cuanto soltaba la rama, me rascaba hasta sacarme sangre.

El café era otra friega: había que “pilotearlo” para que la cáscara se despegara y lo mismo que el cacao se tenía que dejar fermentar, lavarlo y secarlo al sol por varios días. Cuando el cacao ya estaba seco lo metíamos en costales y mi primo Antonio lo llevaba a caballo hasta la salida donde pasaba el camión de don Tino Broca, que todos los lunes recogía y llevaba a Comalcalco las cosechas de cacao, coco, café, maíz, frijol, naranja y limón; además de cochinos, gallinas, mulitos y todo lo que se pudiera vender o cambiar en el pueblo.

Al ocupar uno de los asientos de tabla a todo lo largo del camión de don Tino, uno tenía que agarrarse hasta con las uñas, porque aquel camino de terracería estaba lleno de baches y pegábamos cada brinco que algunas veces caíamos fuera del asiento y esto provocaba la risa de la gente. Cómo olvidar aquellas exclamaciones: “¡Ay jueputa ya se me ashisharon los blanquillos!”; y las carcajadas de la gente se oían en todo el camión.



Debido al lodo resbaloso en época de lluvias, el camión zigzagueaba hasta terminar entre los platanares. Entonces don Tino se apeaba y, después de ver el problema, subía y gritaba con ese hablar entrecortado y gangoso debido a su labio “comido

por la luna”, como decían en el pueblo: “Ta’ cabrón, apeéense todoj loj hombrej a empujar”. Y ahí van todos los hombres quedándonos las mujeres y los chamacos. Cómo nos divertía sentir cuando el camión se balanceaba pa’delante-pa’ttras, pa’delante-pa’ttras, y después de fallidos intentos sin que el camión se moviera del mismo lugar, volvía a subir don Tino: “Apéense todoj pa’ que’empujen también”. Y ahí vamos todos en bola a empujar el camión. Cuando ya no había espacio, muchas veces empujábamos de las nalgas a los señores que a su vez empujaban el camión y entre risas y gritos lo sacábamos. Todos llenos de lodo, corríamos para acomodarnos y seguir nuestro viaje. Llegábamos a Comalcalco con las nalgas abolladas, con los pelos tiesos de polvo y los pies descalzos llenos de lodo.

Cuando el camión se detenía, don Tino nos gritaba: Servidoj, loj ejpero a laj cuatro de la tarde pa’jalir puntual”. Y bajábamos apresurados porque sólo disponíamos de cuatro horas para hacer todos los encargos.

Después de vender el cacao, caminábamos hasta la casa donde trabajaba mi tía Goya, hermana de mi abuelita; le llevábamos café molido, chocolate y gallinas; ella a cambio nos daba ropa usada, periódicos viejos, aceite con el que nos purgaba mi mamá, bálsamo para cualquier dolor, unguento 666 para la gripa y unos sobrecitos de papel que contenían hierro, que cuando mi mamá me los daba me quedaba aquel sabor a fierro tan desagradable. También le mandaba unas latas grandes y vacías que mi madre convertía en ollas.

A las cuatro en punto estábamos en el camión, pero nunca faltaba un impuntual al que don Tino esperaba con mucha paciencia hasta que la misma gente le gritaba: “Ya vámonos, déjalo, lo recoges la siguiente semana”. Y él replicaba: “No, como creej, lo ejperamoj otro ratito”. Y por allá venía corriendo aquel impuntual. En cuanto lo veía don Tino arrancaba el camión y lo recogía a medio camino. Sólo queríamos llegar a nuestra casa para contar las buenas nuevas y ver la cara de alegría de mi madre al ver lo que llevábamos.



Al regreso del madreado y después de comer, Yoli y yo nos poníamos a forrar los setos con periódicos para tapar las hendiduras que había entre el jaguacte. Cada quien elegía su seto, y la parte del periódico que prefería; a mí me gustaba la parte donde venían las novias, a Yoli la de los artistas, así el cuarto quedaba cubierto de miradas curiosas.

Caminando descalza sobre la hojarasca sin sentir las piedras ni las espinas, con aquel vestido que alguna vez fue rojo, con los negros y largos cabellos libres al viento, aspirando el suave aroma de los árboles de cacao y café, así como aquel perfume embriagador de los naranjos y limoneros en flor y el olor a tierra húmeda llena de vida, así transcurría mi niñez; una niñez que a mis seis años ya estaba llena de obligaciones, pero como yo no conocía otra forma de vivir, no tenía conciencia de muchas situaciones injustas.

Cuando mi madre me ponía a lavar la ropa de mi hermano Memo, la revisaba después y si encontraba alguna mancha, me daba con ella en la cara. Yoli nos veía y sólo cerraba los ojos, no podía hacer nada; pero en cuanto se descuidaba mi mamá, me ayudaba a tallarla para que no me volviera a pegar. Cierta día, cansada ya de tantos golpes, decidí que no iba a lavar y dejé caer la cubeta en el pozo. Me pegó mi madre con tal furia que me reventó los golpes. En la noche no podía dormir por el dolor. En cuanto mi mamá se quedó dormida, Yoli se levantó y al ver cómo tenía la espalda, con mucho cuidado me curó al tiempo que me decía: "Gorda, ya ves lo que te pasa por desobediente". A lo cual le contesté llorando de coraje: "¡Pero no lavé!" y ella: "Lo mula nunca se te va a quitar". A pesar del dolor no pude evitar reírme.

En la temporada del chipi-chipi no podíamos salir al campo, por lo que aprovechábamos esos días para tostar y moler café y cacao para nuestro consumo. Nos gustaba el chorote que hacía mi mamá moliendo juntos maíz y cacao, que acompañábamos con dulce de coco. En las tardes nos entreteníamos asando plátanos y rayando plumas para hacer almohadas. A veces visitábamos a nuestras primas y nos íbamos a camaronear a las lagunas que



se hacían con las lluvias. En esos días tan tristes y oscuros, nos acostábamos temprano para ahorrar el petróleo del candil.

Para obtener víveres era necesario hacer trueque de cacao o café en la tienda de don Antonión. Caminábamos como cinco kilómetros y por las constantes lluvias se inundaban las tierras bajas. Yoli me tenía que cargar a cupache para pasarme muchas de las veces con el agua a la cintura. No sé cómo le hacía para que no se le mojaran las semillas del costal mientras me cargaba. Cuando me quedaba atascada en el lodo, le gritaba y corría a sacarme, me jalaba con tanta fuerza que terminábamos en el suelo y nos ganaba la risa.

Mi mamá me hacía los calzones con los costales de azúcar que don Antonión nos cambiaba por cacao; cuando me los ponía y me agachaba se leía “Ingenio Santa Rosalía”. Mis primas, al ver eso, se reían de mí, por lo que opté por ponerme lo de atrás para adelante, entonces no enseñaba el letrero sino las nalgas, pues mi mamá hacía lo de adelante más chiquito y no me alcanzaba a cubrir. Claro que prefería estos calzones en lugar de andar encuerada, como la mayoría de los niños de mi edad que vivían en los ranchos cercanos y que en cuanto nos veían se echaban a correr para esconderse.

Mi hermana Yolanda, siete años mayor que yo, y a quien quería y respetaba como una madre porque así era como ella me cuidaba y me protegía, fue quien me enseñó las primeras letras. Cómo olvidar aquella ocasión en que la acompañé al monte a cortar unas hojas de plátano, en cuanto llegamos a la casa con las hojas hizo varios pedazos e improvisó un cuaderno, y como lápiz una espina de naranjo. Escribió unas letras que después me dijo se llamaban vocales. Con gran paciencia guió mis torpes manos sobre aquel pedazo de hoja, hasta que logre dominar el “lápiz”.

¡Cómo anhelaba ir a la escuela! Veía con tristeza que en la madrugada pasaban los niños a la escuela, que estaba como a unos seis kilómetros de mi casa. Por más que le insistía a mi mamá que me enviara a estudiar, ella siempre alegaba que no



podía porque entonces quién acompañaría a Yolanda a trabajar en el campo, y pretextaba que no había dinero para comprar los útiles que pedían. De esta manera fue naciendo en mí la idea de irme a la casa de mi tío Eladio, que vivía en Jáltipan, un pueblo azufrero en el estado de Veracruz.

A la edad de siete años ya había tomado mi decisión; sólo esperé el momento en que Yolanda tenía que llevarle a mi tío Eladio el dinero de la cosecha. Ese día me despedí de mi madre y de mi hermano con un abrazo, cosa que nunca antes había hecho. Sentí tristeza al dejar a mi familia y mi hogar, al que no pensaba volver.